EL AUTOR DEL CRIMEN

DRAMA REGIONAL

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

Don Narciso Díaz de Escovar

Estrenado en el Teatro Cervantes de Málaga
el 3 de Marzo de 1901

MELILLA
TIP. EL TELEGRAMA DEL RIF
1919

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

PERSONAJES

Aurora (15 años)	*Sra. Guerrero*
Ana (38 años)	» *Sola*
Rosalía (40 años)	*Srta. Sánchez-Millán*
Serrana 1.ª	» *Ortiz*
Mateo (50 años)	*Sr. Ruiz Borrego*
Carlos (19 años)	» *Caracuel*
Andrés (23 años)	» *Jiménez*
El Padre Eugenio (60 años)	» *Molina*
El Juez	» *Martínez Tovar*
El Tío Blas (50 años)	» *Luque*
El Sargento Polo (30 años)	» *Segovia*
Pepe el Trueno (35 años)	» *Blanco*
Juan el de Jubrique (36 años)	» *Ramírez*
Rodríguez (Guardia civil) (32 años)	» *Román*
Serrano 1.º	» *Romero*
Valentín (28 años)	» *Lalamino*
El Escribano (56 años)	» *Serrano*

867.3
T653
v.77

722932

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia

ACTO PRIMERO

La escena representa la entrada de un pueblo de la Serranía de Ronda. A la derecha, el ventorrillo del TIO BLAS. Bajo una parra, mesas y sillas. En la pared del ventorrillo un letrero que diga: VINOS SUPERIORES. AGUARDIENTES Y CAFÉ. Junto á la puerta un poyo de mampostería. A la izquierda, la casa de Aurora. En el balcón, macetas con flores. Una ventana practicable y colocada en forma que pueda verse perfectamente por el público la persona que á ella se asoma. Sobre la ventana una imagen de la Virgen de los Dolores, alumbrada ésta por un farolillo. Frente á la puerta de la casa de Aurora, un carro pequeño desenganchado. A la izquierda, un banco de piedra. En el fondo se divisa la Sierra.

ESCENA I

A la puerta del ventorrillo, varias mujeres y hombres, sentados los más, forman corro. En el centro, una serrana toca la guitarra. A su lado Pepe el Trueno y Juan el de Jubrique, con el retaco entre sus piernas, bebe un vaso de aguardiente que le sirve el Tio Blas. Carlos, algo más separado del grupo, se preocupa más de la casa de Aurora que de la fiesta. Rosalía, Tío Blas.

TIO BLAS. Vaya, mozo güeno, otra copa que este aguardiente es gloria. Aclara la cabeza y endurece el corazón.

JUAN. Callos me han nacío en él.

BLAS. Pus no lo parece, cuando se trata de una obra de cariá ó requebrar una buena jembra.

JUAN. El hombre que es valiente, pá serlo del tóo, tiene que ser rumboso, caritativo y aficionao á las mujeres.

BLAS. Ya sabemos que lo eres y con fortuna. No hay moza en la Serranía que no se sienta más orgullosa que la misma emperatriz, si tú le largas una miraílla á tiempo de esos ojos negros que Dios te ha dao.

ROSA. Y no falta serrana pa decir que jace más daño Juan el de Jubrique con los ojos y con la lengua, que con ese retaco que ya tiene historia dizna de salir en los papeles.

BLAS. ¿Te ha jecho daño á tí?

ROSA. Yo soy muy vieja pá el señor Juan.

JUAN. Vaya, que ya quisieran muchas mozuelas conservarse como tú.

BLAS. Quien tuvo retuvo...
ROSA. Cabal, pues si hubiera visto mis quince.
BLAS. Hay quien se conforma con los cuarenta.
ROSA. Nunca falta un roto pá un descosío.
JUAN. ¿Pero sigue la fiesta ó me dejáis que me duerma aburrío? Vaya, Manuela, venga una copla de las de aquí.
BLAS. Y otro vaso de aguardiente de los de allá.
SERRANA 1.ª *(Canta.)*

Todo el mundo serranillo
por amo te ha de tener
¡malas puñalás le peguen
al que no te quiera bien!

JUAN. Mu bien cantao. Refresca el tragadero. *(Le da una copa)*
BLAS. ¡Gracias á Dios que se abren las puertas del cielo! *(Con entusiasmo).*
JUAN. ¿Por qué dice osté eso, Tío Blas?
BLAS. ¿No te ha dado la luz en los ojos? Mira, allí sale el lucero más brillante de este pueblo. *(Señalando á Aurora)*
JUAN. ¡Aurora!
BLAS. La mesma.
JUAN. ¿Vá de paso?
BLAS. Puede ser.

ESCENA II

Aurora sale de su casa y se dirige hacia el fondo. Juan se adelanta y la detiene. Carlos observa sus movimientos.

JUAN. ¿Qué es eso, la alegría del pueblo no tiene gana de fiesta?
AURORA. ¡Señor Juan!
JUAN. Presente y á las órdenes de mi reina. Pasé por ahí cerca y como le tengo querencia á este lugar, dejé tóo lo que tenía que jaser, por tal de pasar una noche á gusto. Al amanecer á la sierra otra vez, al negocio, que es lo primero.
AURORA. ¿Al amanecer se vá osté?
JUAN. Al segundo amanecer, porque el primero lo he visto al velá á osté, prenda.
AURORA. De requiebros está la noche.
JUAN. De verdaes y de satisfacciones.
AURORA. Güena suerte y divertirse. Tengo precisión de ir á casa del Sr. Cura, antes que sea más tarde.
JUAN. Primero es preciso que oiga una copla y moje esos labios á mi salú.

RBC/NcU

AURORA. No pueo. (Ah! Carlos está allí). *(Con satisfacción).*
JUAN. Dos minutos siquiera.
AURORA. Tengo que jacer.
JUAN. Me vá osté á dejar más corrío que una mona y más desairao que la giganta de Ronda.
AURORA. Vaya, que no desairo yo á un hombre por tan poco.
JUAN. Olé, princesa. *(Aurora se dirige al grupo y saluda á los del corro. Juan entre tanto echa aguardiente á una copa).*
AURORA. ¡Pues si está aquí lo mejor del pueblo!
BLAS. Lo mejor no, que faltabas tú.
AURORA. Claro, como que no hay función sin tarasca. *(Aurora llega al lado de Carlos. Este con vehemencia se acerca á ella. Aurora procura permanecer indiferente).*
CARLOS. Tengo que hablarte.
AURORA. Aluego tendremos tiempo.
CARLOS. Ese hombre....
AURORA. Como otros cualesquiera. ¡Mira que gracia!
CARLOS. Sabes que soy celoso.
AURORA. Yo te pondré en cura. Disimula! *(Se acerca Juan con la copa en la mano y la ofrece á Aurora).*
JUAN. Pá dentro.
AURORA. ¿Y por qué no?
JUAN. *(Bebiendo).* Esta por osté, por la flor más bonita de toa España.
AURORA. Pica. *(Devolviendo la copa).*
JUAN. Pero no daña.
AURORA. Madre viene. *(Alto para que Carlos lo oiga).*

ESCENA III

Dichos y la Señá Ana que se dirige á la fiesta.

JUAN. Me alegra ver por aquí á la Señá Ana, tan remozá y tan guapota.
BLAS. Eso sí. Ya ves, Aurora es un retrato de su madre.
JUAN. De tal palo, tal astilla, ¿no es verdad, rosa de la Serranía?
ANA. Rosa.... deshojaá. *(Riéndose).*
JUAN. Cá, rosa abierta con toas sus hojas, toos sus colores y sus esensias. Osté es la rosa y Aurora el capullo. Si pudiera escogerse, aquí tiene osté un mozo crúo que se quedaría perplejo.
ANA. *(A Aurora, en broma).* ¿Esta es la casa del señor cura?.
AURORA. Me invitaron un momento.

JUAN. Y se detuvo por no desairar á este cura... eh?
ANA. Un cura que no canta misa.
JUAN. Pero canta en la mano y canta flamenco cuando se ofrece echar una coplilla. Conque, á sentarse tocan! *(Ana se sienta cerca del tocador. Aurora procura retirarse de Juan, pero éste, separándose del corro, pone la silla á su lado. Carlos se acerca al corro.)*
BLAS. Ea, siga la alegría y á beber.
PEPE. ¡Como busca el Tío Blas que le jagan gasto!
BLAS. Si tengo que mantener seis chaveas, que se tapan con un sombrero.
JUAN. ¡Vamos, venga esa copla!
CARLOS. (¡Ese hombre á su lado!)
AURORA. (¡Cómo mira Carlos!)
JUAN. Entre col y col lechuga. Entre copla y copla aguardiente.
SERRANA 1.ª *(Canta).*

Bendita sea tu mare
serranillo de mi alma,
que prende los corazones
por donde quiera que pasas.

(Aplauden y jalean la copla.)

JUAN. ¿Por quién habrá sío esa copla, comadre?
AURORA. ¡Vaya un compadre que me ha salío esta noche!
JUAN. ¿Es malo, quizá?
ROSA. Otros hay peores. ¿Y compadre de... qué?
JUAN. De bautismo ó de casamiento. Lo que esta niña quiera.
ROSA. Esta niña yo sé lo que quiere y á quién quiere.
AURORA. A mi madre. ¿Le paece á usted poco?
JUAN. ¿Y no hay moro en campaña? ¿No hay ningún mozo juncal por quien se derritan èsos peazos?
AURORA. ¡Vaya, señor Juan!
JUAN. Si la iglesia no tiene monago que la sirva, aquí estoy yo.
ROSA. Tuviera gracia el señor Juan vestido de monaguillo.
JUAN. Y hasta de fraile me vestiría, por cuidar esa capilla.
AURORA. Déjese osté de esas pamplinas.
JUAN. ¿Se enfada por tan poco?
AURORA. ¡Quié osté callar!
ROSA. Pues si Aurora tiene un genio que es mazapán. ¿Verdá, Carlos?
CARLOS. Verdad.
JUAN. Mocito, ¿osté no bebe? *(Ofreciéndole la copa).*
CARLOS. Gracias; me hace daño.
ROSA. Lo que le hace daño son otras cosas.
JUAN. ¿Otras? Pues aliviarse. *(Vuelve la espalda).*

CARLOS. Estoy aliviado.
AURORA. Siga la fiesta. *(Tratando de cortar la conversación).*
JUAN. (Me paese á mí que á este lo aspabilo yo).
AURORA. ¿No se acaba de templar esa guitarra?
JUAN. Esta noche hay mucha gente mal templá. ¿No es cierto? *(A Carlos).*
CARLOS. Y quien al son que le tocan baila.
JUAN. ¿Piensa osté echar un bailecito?
CARLOS. O hacer bailar á ciertos fanfarrones.
JUAN. ¿Eso es por mí?
AURORA. Basta, señor Juan, yo se lo ruego. *(Carlos poniéndose en pie).*
CARLOS. Tú no tienes que rogar á nadie.
JUAN. ¿Hombre, se ha disgustao osté por qué yo orsequié á esta jembra...? Pues hijo al que le pica, se rasca!
CARLOS. Eso lo veremos! ¿Cree usté que porqué tenga fama de contrabandista valiente, y venga contando que se traga á este mundo y al otro, vá á mandar aquí y á jacer su santísima voluntá?
JUAN. Allí y aquí y en toas partes soy el mesmo.
CARLOS. Un blanco doble, conforme.
AURORA. ¡Por Dios! *(Mediando).*
JUAN. A mí no me falta nadie.
BLAS. Déjate de cantinas. No ves que es un mozalbete. *(A Juan).*
ROSA. Como es hijo del juez municipal, tiene muchos pájaros en la cabeza.
JUAN. Aunque sea el hijo del presidente de la audiencia ó del rey, pá mí es lo mesmo.
CARLOS. Mozalbete ó viejo sé quitar los moños á cualquier Juan de las Viñas.
JUAN. A verlo y menos bocanás! *(Juan saca el cuchillo. Carlos se va hacia él con la silla enarbolada. Aurora y su madre y dos mozos detienen á Carlos. Rosa, el Tío Blas y los demás se arrojan sobre Juan.*
BLAS. ¡Estos escándalos en mi casa! ¡Se acabó la fiesta!
PEPE. ¡Se acabó como el Rosario de Cuevas Bajas!
AURORA. (¡Carlos, qué imprudente eres!)
CARLOS. (Tengo sangre y tengo vergüenza)
PEPE. Ea, vénte con nosotros.
CARLOS. ¡Vamos!
JUAN. Mocito, ya arreglaremos nuestras cuentas.
CARLOS. Cuando quiera y como quiera. *(Vase Carlos con los mozos. Las mujeres se dispersan. Ana y Aurora entran en su casa).*
ANA. *(A Aurora).* ¿Te sientes mal?

AURORA. No es naita. El susto... *(Dominándose.)*
JUAN. Sólo siento el mal rato que esta prenda ha pasao.
AURORA. Por mí no sienta usté ná. *(Entran en la casa).*

ESCENA IV

Juan y el Tío Blas

JUAN. Después de tóo, me gusta el muchacho. Tié nervio!
BLAS. Vaya si lo tiene!
JUAN. ¿Y es hijo del señor Mateo?
BLAS. Hijo único de nuestro juez municipal.
JUAN. No es mal hombre su padre.
BLAS. Güeno y muy requetegüeno. Sabe jacer justicia y jacer favores, pero no sabe dañar á naide. Como puea que ninguna causa vaya á Gausín lo jase y lo arregla, sin ganarse una perra. Solo es duro pá los ladrones y los asesinos.
JUAN. Bien jecho. Las malas yerbas se destruyen.
BLAS. Ya lleva ocho ó diez años de juez y ni el diputao quiere otro, ni el pueblo lo acertaría aunque el diputao lo quisiera. Si fuera más leío, es seguro que no tendría el gobierno un magistrao tan justo y tan sabío ni en el más alto tribunal.
JUAN. Eso me dicen toos.
BLAS. Y dicen bien. A más es honrao á carta cabal. En sus buenos años fué mujeriego, pero no es deferto.
JUAN. ¡Que ha de serlo, Tío Blas!
BLAS. Toavía dicen las comadres que si tiene ó no tiene... pero eso á mí no me importa ni es cosa de hombres hablar de estas cuestiones. Si es verdá, que lo disfrute; y si no es verdá mejor pá él, que las jembras no dan más que disgustos.
JUAN. ¿Es viudo?
BLAS. Cabal. Pocos años estuvo casao con la Juana, una serrana más jermosa que un sol, con una mata de pelo negro, que era un encanto, y dos ojos más negros que el pelo que no le cabían en la cara. Cada vez que veo á Carlos la recuerdo. El chico se parece á su madre.
JUAN. Pues á ese mocito no lo recordaba yo ni poco ni mucho.
BLAS. Su padre lo mandó á la ciudá y sólo venía los veranos. Estaba mu aficionado á los librotes y pensaba ser abogao. ¡Y lo hubiera sío güeno! Pero poco á poco tomó apego

la Sierra y dejó fraques y libros por cuidar la jacienda de su padre.

JUAN. ¡Ya!

BLAS. Nadie me quita de la cabeza que si dejó tóo eso, fué por que se enamoró de Aurora y no por cariño del lugar.

JUAN. La muchacha lo merece. ¡Es una perla!.

BLAS. Y á ella no le parece mal el muchacho. ¡Ya lo creo!

JUAN. Pero son novios?

BLAS. Por mucho que lo niegan y lo disimulan, el cariño sale á la cara. ¡Vaya si se entienden! ¡Como yo me queé sin padre!

JUAN. ¿Está osté seguro?

BLAS. Como de ser cristiano. Casi toas las noche veo bultos en aquella reja y descubro espantajos por estos alrededores ¡Y algo más!

JUAN. ¿Algo más?

BLAS. Mucho.... pero no me gusta jablar lo que no sé de sierto. ¡Digo.... es cierto que ví.... pero quien era.... no sé.

JUAN. Por la gloria de mi padre que no le entiendo una palabra.

BLAS. Ni es menester. Charlaremos de otra cosa.

JUAN. Charlaremos de Aurora. Esa mujer me ha preocupao.

BLAS. ¡Buen bocao dirno de un mozo como tú!

JUAN. Malas puñalás me peguen si no logro que esa mujer me quiera.

BLAS. ¿Y qué hacemos de Carlos?

JUAN. Es poco hombre pá jembra de tanto valor. *(El tío Blas y Juan siguen hablando bajo y bebiendo aguardiente).*

ESCENA V

Dichos y Andrés.

ANDRES. Se acabó la fiesta. Siempre llego tarde. Dios me ha dao una suerte perra.... y aunque rabie... y rabie, ná logro. Me dan ganas de acabar de una vez. ¿Pa que quieo la via? ¡Pero si no tengo valor pá quitarmela! *(Se sienta en el banco y empieza á liar un cigarro. Entretanto el tío Blas y Juan siguen charlando).* ¡En mardita hora nací! ¡Ni he conocío á mis padres ni he tenío un cariño! ¡Odios muchos, eso sí! ¡Ni una jembra que me quiera con fatigas, ni un amigo que me aconseje! ¡Eso no, he tenío un amigo: Carlos... ¡Siempre fué bueno pá mí y yo desdeñoso pá él. Me paecía que con su feliciá se burlaba de mi desgracia.

Si siempre toos me han despreciao, ¿qué extraño es que yo desprecie también á los malos y á los güenos?

JUAN. ¿Y tanto tiempo vivió la madre de Aurora lejos del pueblo?

BLAS. Desde que se casó con el señor Antonio, un labraor de la campiña, mú rico y mú bonachón, hasta dos años después de enviudar.

JUAN. ¿Luego Aurora no ha nacío aquí?

BLAS. Nació en el Tesorillo, donde su padre vivía.

ANDRES. *(Levantándose).* ¿Quién jablará con el tío Blas? *(Se acerca al ventorrillo).*

JUAN. Basta de palique, pues tengo que ver al alcalde y es hombre que se acuesta temprano.

ANDRES. Eh? No me cabe dua. Es el contrabandista que me agofeteó en Gibraltar. ¡Al fin te jallé! Aquel mozuelo que allí se arrastró, porque no tenía otro remedio, tiene más entraña que tú y más sangre. Por la gloria de mi mare si murió ó por su salú si vive, juré vengarme y me vengaré. Entonces lloré de coraje. Hoy lloraré de alegría.

BLAS. ¿Güelves á dormir á mi casa?

JUAN. Pué ser.

BLAS. Aquí tienes por lo menos cama blanda, como la de una novia, y limpia como la que más.

JUAN. Y sobre tóo una voluntad que agraesco. *(Se dispone á irse).*

BLAS. Juan, no tienes que hacer caso de Carlos. Es un chiquillo.

JUAN. Procuraré no buscarlo, pero si me busca no correré. Al jierro... jierro.

ANDRES. Ya sale. Ocasión es esta... *(Saca el cuchillo á tiempo que el tío Blas asoma el farol. Entonces se esconde trás el carro, pasando Juan á su lado).*

BLAS. Oscura está la noche.

JUAN. Quien tiene costumbre ó necesiá de andar por la Sierra, no ha de asustarse de estas negruras.

ANDRES. ¡Maldito tío Blas! ¡Yo te seguiré y he de enseñarte qué no soy manco! *(Se guarda el cuchillo.)*

JUAN. *(Tarareando.)*

Contrabandista soy,
contrabandista fuí,
y no hay carabinero
que me detenga á mí.

(Andrés sigue tras Juan recatándose.)

ESCENA VI

Tío Blas y á poco Mateo.

BLAS. Gracias á Dios que llegó la hora de dormir. ¡Tengo unas ganas de tender el cuerpo! ¡Estoy molío...! Apago el farol, cierro la puerta y al camaranchón.

MATEO. *(Embozado).* Naide! ¡Es güena hora pá poer entrar! La verdá es que tarde ó temprano se van á apercibir en el pueblo y ya estamos avíaos Ana y yo. Mas también es verdá que no pueo remediarlo y que esta casa me tira del corazón. Ná, el día menos pensao me arresto de una vez y me caso. ¡Es el único modo de poder entrar aquí con la frente alzáa y sin tapujos! ¿Se habrá acostao Aurora? ¿Estará mi Ana aguardándome? *(Silba.)* Siento ruído. Ella debe ser.

ESCENA VII

Ana abre la puerta de la casa con gran cuidado y llega hasta el sitio donde está Mateo.

ANA. Mateo! ¿Eres tú?

MATEO. Yo soy.

ANA. Creí que esta noche no ibas á poer entrar. Primero fiesta larga en el ventorro y después paliqueo del tio Blas.

MATEO. Justamente esta noche tenía mucho que decirte.

ANA. No es menos lo que tengo yo preparao.

MATEO. Hay proyectos.

ANA. Hay noveaes que debes conocer. Entra.

MATEO. ¿Y Aurora?

ANA. Se fué á su cuarto jace rato.

MATEO. Me paece á mí que tu hija se ha apercibío del manejo.

ANA. Ni que lo creas. *(Entran en la casa y cierran.)*

ESCENA VIII

Carlos

CARLOS. Algo hubiera apostado á que hablaban en este sitio y á que sonó el ruído de cerrarse esa puerta. ¡Difícil es! Ana y Aurora no se recogen tan tarde y no siendo ellas ¿quién podría entrar en esa casa á estas horas? Bah, visiones de enamorado! Mi Aurora lleva razón: estoy celoso y un celoso vé lo que es y lo que no es. Por desgracia, ó por fortuna, Aurora es todo para mí. Por ella dejé el porvenir que libros y estudios me ofrecían y prefiero ser torpe labrador junto á ella, que no sabio abogado lejos de este lugar, donde vive, donde puedo verla á todas horas.... Tarda Aurora en salir... No me explico el porqué la terca oposición que á nuestros amores hacen su madre y mi padre. Aurora es buena, es el mejor partido de este pueblo. Mi propio padre la celebra, la elogia y no obstante se opone á que la quiera y llama disparate á mi cariño bobadas á mis proyectos... Aquí está!

ESCENA IX

Aurora se asoma á la ventana. Carlos se aproxima á ella.

CARLOS. Mi Aurora!

AURORA. Carlos de mi vía!

CARLOS. Has tardado más de lo que acostumbras.

AURORA. Me paecía que madre estaba aún levantá y aguardé ¡Si vieras que impaciente estaba!

CARLOS. ¿Impaciente? ¿Por qué?

AURORA. Por lo de esta tarde..

CARLOS. Bah! Fanfarronadas del de Jubrique.

AURORA. Y á la vez imprudencias tuyas.

CARLOS. ¡Imprudencias! ¿Pues qué, querías me quedara tranquilo cuando otro hombre te requebraba, buscando tus ojos con sus ojos, poniéndose á tu lado, cerca, muy cerca... tanto, que acaso se embriagaba con tu aliento y oía el palpitar fuerte de tu corazón de virgen? ¿Podría yo permanecer indiferente á sus indirectas cobardes y á sus ba-

ladronadas estúpidas? ¡Si lo único que no me explico es como no le abofeteé delante de toda la reunión! ¡Podrida llevo la sangre desde entonces y me parece que la bofetada que ahorré, la recibí en mi cara y en ella llevo mancha de vergüenza!

AURORA. Justo y con esos arrebatos consigues dar el escándalo, que too el mundo se entere de lo que debemos ocultar, que mi madre no me deje hablarte y ponga candados á la ventana.

CARLOS. Por muy fuerte que sean, los romperemos! ¡Ya vés quieren poner mordaza á tu lengua para que no me hables y velos á tus ojos para que no me mires y nos estamos viendo y hablando.

AURORA. Sea lo que quieras. Ni sé llevarte la contraria, ni sé querer más que lo que tú quieres.

CARLOS. Con eso me basta para ser feliz.

AURORA. ¡Tengo mieo de que tarde ó temprano me olvies!

CARLOS. ¿Olvidarte yo? ¿Por qué piensas eso?

AURORA. ¿Quién soy?... ¡como quien dice... naide! Una pobre lugareña, criá entre terrones de tierra, sin caudal, sin saber otra cosa que escribir unos cuantos garrapatos, mal leer y repetir la doctrina que le enseña el señor cura.

CARLOS. ¿Y qué tiene que ver eso con mi cariño?

AURORA. Tú, en cambio, has viajao mucho, te has metío en la cabeza una porción de libracos, eres casi un abogao y te tienen con razón por el más rico del pueblo.

CARLOS. Por tí dejé aquella vida y me arreglé á la tuya. Dije que el estudio me enfermaba, que la estancia en Granada era mi muerte, y quemando matrículas me hice labrador y me vine á cuidar la tierra, aunque sólo cuido tu hermosura, la de mi Aurora del corazón.

AURORA. Es cierto, pero algún día te has de cansar. Recordarás aquellas señoras que has debío tratar, compararás su ciencia con mi irnorancia, su conversación con la mía, sus vestíos lujosos y sus sombreros de pluma, con mi zaya y entonces... no lo quiero pensar... volverás á seguir tu carrera... mientras yo me iré poco á poco muriendo de pena.

CARLOS. No seas niña! ¡Acaba de una vez esa manía tristona!

AURORA. El lance de esta tarde tié la culpa. ¿Si quieres que me ponga alegre es preciso que me jures que no jarás caso de Juan el de Jubrique?

CARLOS. Esas cosas no se piden, pero si se piden no se conceden.

AURORA. ¿A eso le llamas querer?

CARLOS. A eso le llamo vergüenza.

AURORA. Juan es traicionero, tiene fama de matón.

CARLOS. Contra las traiciones está la precaución, contra la matonería están las balas de mi retaco que alejan tanto como las del suyo y pueden herir lo mismo.

AURORA. ¡Qué gusto en darme martirio!

CARLOS. No lo pienses así, serrana mía. No puedo hacer otra cosa sino jurarte que si él no me provoca, yo no le desafío, si él no me encuentra yo no lo busco.

AURORA. Te buscará!

CARLOS. Entonces... lo que Dios quiera.

AURORA. Gente llega. Retírate.

CARLOS. (Será él!)

AURORA. No conviene que nos vean.

CARLOS. Lo que tú quieras. Adiós mi Aurora.

AURORA. Adiós y no te olvíes de mis ruegos.

ESCENA X

Dichos y Andrés.

ANDRES. Se perdió. Parece que se lo ha tragao la tierra... Un bulto se retira de la ventana de Aurora... ¿Será Carlos?... Tóo el pueblo dice que es el preferío... *(Se adelanta al paso de Carlos. Este se detiene en actitud de defensa, dando un paso atrás).*

CARLOS. ¿Quién vá?

ANDRES. ¡Carlos!

CARLOS. ¿Quién me habla?

ANDRES. ¿No conoces ya mi voz? Soy Andrés.

CARLOS. ¿A donde vás á estas horas?

ANDRES. A donde van los desesperaos. Al infierno ó á donde el sino quiera.

CARLOS. Nunca estás contento.

ANDRES. ¿Tengo motivo pá estarlo?

CARLOS. Si tuvieras más resignación...

ANDRES. Eso se dice cuando lo vocea un hombre tan feliz como tú, que tiene padres, dinero y hasta una novia que quita el sentío.

CARLOS. ¿Novia...?

ANDRES. No lo niegues, que te he visto, á la luz del farolillo de la Virgen, dejar los jierros de esa ventana.

CARLOS. Llevas razón. Esos hierros son los que me tienen preso.

ANDRES. Tu querer es el secreto del cerón. Tóo el pueblo lo sabe y vosotros lo negáis pá... que nadie os crea.

CARLOS. Ya vés como á ti te lo confieso.

ANDRES. Tuviera gracia que me negases lo que veo, pero antes has sio muo pá mi.

CARLOS. Tampoco me has preguntado nada.

ANDRES. Ni era preciso. ¿Te has olvidado ya de aquella amistad tan grande de chiquillos? Entonces no me secreteabas.

CARLOS. Andrés, tú ties la manía de pensar que nadie te hace caso y de creerte más desgraciado de lo que en realidad eres.

ANDRES. Será lo que quieras. Esta noche estoy mal templao y no quiero discutirte. Quéate con Dios.

CARLOS. Siempre serás el mismo. *(Vanse por distintos lados).*

ESCENA XI

Mateo sale de la casa de Ana después de cerciorarse de que no le vé nadie.

MATEO. Lo que me ha contao Ana me preocupa. Conozco á mi hijo Carlos y sé que no aguanta ancas á naide. El jubriqueño es hombre de malas entrañas y si se encuentran solos mal negocio para uno ó para otro. La hoguera empieza á ensenderse y es necesario echarle agua á tiempo. Después sería tarde. El querer que mi Carlos ha tomao á la hija de Ana, puede traer muchos disgustos á él y á mí. Quiera ó no quiera, le haré volver á Graná y que allí estudie y se deje de quebraeros de cabeza... Eh? *(Sintiendo pasos).* Me escondo aquí. *(Entra detrás del carro).*

ESCENA XII

Juan y Pepe. Ambos traen retacos y mantas.

JUAN. Ya lo sabes, estaré el resto de la noche en casa del tío Blas, la mañana la pasaré en el pueblo pá que vean que no juyo ni á ese mozalbete, ni á su padre el juez ni á toa la curia de Ronda, y á las once debes tener mi caballo en la Fuente del Fresno, á fin de poer esta noche á güena hora estar en la Línea.

PEPE. No faltaré

JUAN. Veremos si ese mozo quié aprender á lo que saben las pelaillas de mi retaco.

PEPE. Buen cuidao tendrá.

JUAN. Y resperto á esa moza sepa que castillos más altos han venío á tierra. Conque hasta mañana, Pepe.

PEPE. Señor Juan, hasta mañana.

ESCENA XIII

Andrés aparece en la esquina durante las frases anteriores y poco á poco se va acercando al ventorrillo.

ANDRES. Esta vez no te escapas. *(Saca el cuchillo).*

JUAN. Veremos si tiene el sueño mú pesao esta noche el tío Blas... No sería extraño porque bebió de lo lindo. *(Llama).*

ANDRES. Aseguremos el golpe antes de que abran. *(Se acerca á Juan que estará de espaldas y le clava el cuchillo en el costado sacándolo otra vez de la herida).*

JUAN. Ah!... ¡Asesino! *(Juan quiere perseguir á su agresor, vacila y cae sobre el pollo que hay en la puerta del ventorrillo, llevándose la mano á la herida).*

MATEO. ¡Dios mío! *(Andrés se queda un momento sin huir con el cuchillo en la mano. Mateo sale de su escondite y coge á Andrés al intentar escaparse. La capa de Mateo quedará junto al carro).*

ANDRES. *(Al verse cogido).* ¡Oh! ¡Soy perdido!

MATEO. ¡Esa voz! ¡Ven, ven! *(Lo arrastra hasta la ventana de Aurora, allí lo contempla un momento aterrado, haciendo que la luz del farol ilumine de lleno la cara del asesino. En este instante Aurora abre la ventana).*

MATEO. ¡Andrés! *(Reconociéndole).*

ANDRES. ¡Piedad! *(Asustado).*

AURORA. ¡Jesús! *(Contemplando con ansiedad la escena).*

MATEO. ¡Tú... asesino! ¡Tú.....!

ANDRES. Señor Mateo.... perdón! *(Arrodillándose).*

MATEO. Huye, huye pronto. *(Soltándolo). Andrés huye. Mateo lo mira como queriendo penetrar las sombras hasta verlo seguro. Después Mateo arranca el farol que ilumina la imagen, lo lleva hasta donde está Juan y examina á éste).*

MATEO. ¡Muerto! ¡Muerto!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Plaza del Pueblo. A la derecha, la casa del Sr. Cura y al lado la iglesia. A la izquierda, una casa grande que diga CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. A la puerta de éste una mesa y dos sillas. Al alzarse el telón un guardia civil escribe sobre dicha mesa, levantándose al terminar la primera escena.

ESCENA I

Al alzarse el telón, Pepe el Trueno y varios serranos rodean al tío Blas.

PEPE. Vamos, cuéntale osté tóo.

BLAS. Pues bien, apenas oí el aldabonazo, me alevanté me envolví en el capote y bajé á la puerta. Abro, miro y ná. Asomo en esto el farol y paeciome ver un bulto que corría.

PEPE. ¡Un bulto... de persona!

BLAS. Naturalmente. Al ver que no había naide, con too el mal humor de un hombre despertao en el primer sueño, empezé á renegar del gracioso que se entretenía en dar aldabonazos á media noche, cuando me fijo en el poyo y veo...

PEPE. ¿Qué vió osté?

BLAS. Pacencia, que ya lo diré tóo. Como iba diciendo miré al poyo y allí tendío estaba Juan el de Jubrique.

PEPE. ¿Y estaba ya muerto?

BLAS. Hombre, tén calma. Al pronto no lo pue remediar, sentí mieo y me eché atrás, pero después me repuse y coloqué el farol cerca de la cara de Juan. Lo toqué y estaba todavía caliente, pero ya no respiraba... ¡Probe hombre!

PEPE. ¡Probe Juan! ¡La flor de los contrabandistas! ¡El orgullo de la Serranía!

BLAS. Pedí entonces socorro y enseguía llegaron la seña Ana, su hija Aurora y Manuel el de los Consumos.

PEPE. ¿Y entonces?

BLAS. Me fuí en busca del meico y me confirmó que era tarde. ¡Pobrecito!

PEPE. ¿Y el bulto que corría...?

BLAS. ¡Vé tú á saber...!
PEPE. ¿Y la herida aonde era?
BLAS. Aquí en el costao. Una tronera que casi le cabía mi brazo. ¡Güena mano y güen cuchillo!
PEPE. ¿El arma estaba allí?
BLAS. No y en vano la buscamos por toas partes. Cerca del carro que desengancha Miguel el de la Reonda, había una capa.
PEPE. ¡Una capa! ¿Y de quién?
BLAS. Eso ya lo averiguará el juez.
PEPE. Veremos! *(Con sorna).*
BLAS. De los primeros que llegó fué el señor Mateo con su vara de autoriá y á poco el secretario. Llevan escrito muchos pliegos de papel. *(Con desconfianza).*
PEPE. Pues yo, sin escribir tanto, apostaría á que sé quién es el asesino.
SERRANO 1.° Y yo.
BLAS. Y yo. Por eso duo que se aclare ná, mientras no venga el juez de Gaucín.
PEPE. Allí viene el alguacil.
BLAS. Este nos contará algo.

ESCENA II

Dichos y Valentín.

PEPE. ¡Eh!
BLAS. Valentín!
VALENTIN. Como se conoce que hay noveaes.
BLAS. ¡Cuenta, cuenta!
VALENTIN. Tengo mucha priesa. Figuraos si tendré que jacer después de lo ocurrío anoche en el ventorrillo del Sr. Blas. Es mú grave el hecho, un asesinato... y lo que yo igo como si juera el creo.
BLAS. ¿Y se ha descubierto el asesino?
VALENTIN. Otavía no, pero ya caerá. ¡Y que el juez municipal se pinta solo pá descubrir estas cosas.
BLAS. ¡Acaso ahora no le será tan fácil!
VALENTIN. Vaya si le será y lo que yo igo como si juera el creo.
BLAS. El tiempo dirá.
VALENTIN. Cuando el juez de Gaucín venga si es que llega á venir, se lo vá á encontrar toito jecho.
BLAS. Tú no sabes de la misa á la media.
VALENTIN. ¡Qué yo no sé! ¡Pus de que me habrá servío llevar diez

años de menistro! ¡Yo prendí al *Algecireño*, al que jace dos años ajorcaron! ¡Y si no es por mis pies y por la buena nariz que Dios me ha dao, á estas horas estaría en Buenos Aires el *Sillero*, aquél que mató á su novia y á quien yo eché mano al irse camino de Gibraltar.

BLAS. Pus si no me dieran más trabajo que cojer al asesino ya estaba cojío.

VALENTIN. ¡Tío Blas, que ice osté!

BLAS. Lo que ice tóo el pueblo. El asesino es Carlos, el hijo de tu juez.

VALENTIN. ¡Josú, que atrociá! ¡Carlos no dá puñalás por la espalda, sino frente á frente... ¡Vaya! ¡Y lo que yo igo como si juera el creo!

PEPE. Pus toito el mundo lo ice

BLAS. Y es verdá. Le quería quitar la novia...

PEPE. Y ayer noche se desafiaron.

BLAS. A Carlos le oí yo decir, yo mesmo, que ya le arreglaría las cuentas.

PEPE. Y la señá Rosa lo vió anoche, poco antes de la hora en que jizo la muerte, por aquellos sitios.

BLAS. Si no cabe dua!

VALENTIN. Pus yo igo que cabe. Y lo que yo igo...

BLAS. ¡Como si juera el creo!

PEPE. ¡Vaya! ¡Como el señor Juan el de Jubrique era tan hombre, el mozalbete quiso madrugar y le dió la puñalá por la espalda! ¡Vaya una hombrá!

BLAS. Su padre jizo de Carlos un señorito y él ha querío jacerse un asesino.

VALENTIN. Me jacen ostés dudar!

ESCENA III

Dichos y el Padre Eugenio que sale de la casa.

EUGENIO. ¡Vamos, caridad, hijos míos!

BLAS. ¡Padre Eugenio! *(Todos se descubren).*

EUGENIO. Poneos los sombreros. *(Se cubren).*

BLAS. Nosotros desíamos...

EUGENIO. Lo que no debíais decir.

VALENTIN. Eso, eso. ¡El padre Eugenio lleva razón!

EUGENIO. En vez de hacer juicios temerarios, pedid á Dios por el alma de Juan el de Jubrique.

BLAS. Yo creo que no quita que uno sea un santo, pá dejar de pensar quien pué ser el mataor.

EUGENIO. Cuenta es esa que debe arreglar la justicia humana y si vosotros tenéis pruebas, es vuestra obligación llevarlas al juez.

PEPE. ¿Y si el juez no quié oirlas?

EUGENIO. Esas son otras cuentas que pertenecen á la justicia divina. Cumpla cada uno su deber y no se preocupe del deber ageno.

VALENTIN. Justo, no seamos como aquél que lloraba por que al vecino le salieron cortos los pantalones.

EUGENIO. ¡Vamos, Valentín! *(Reconviniéndole)*

VALENTIN. Ya estoy callao!

EUGENIO. Voy á la iglesia á decir la misa por el pobre Juan. Venid conmigo.

BLAS. Yo tengo que irme al ventorro.

EUGENIO. Corriente, primero es la obligación.

PEPE. Nosotros vamos con usté.

EUGENIO. Gracias. El alma del muerto os lo agradecerá también. *(El Padre Eugenio entra en la iglesia seguido de los serranos).*

ESCENA IV

El tío Blas y á poco Mateo.

BLAS. Por mucho que diga el señor cura el pensar no pué contenerse y yo llevo algo dentro de la cabeza que me dice: *¡Carlos es! ¡Carlos es el asesino!* No lo diré... pero lo pienso.

MATEO. *(Vendrá pensativo, con la vara de juez en una mano y un legajo de papeles en la otra).* ¡Vaya un martirio este...! ¡Maldita noche! ¡Hola tío Blas!

BLAS. El tío Blas que tié mucho gusto en verlo á osté tan de mañanita. *(Con sorna).*

MATEO. Gracias!

BLAS. Después de la noche de perro que habrá llevao el señor juez, no esperaba que madrugase tanto.

MATEO. No me acosté....

BLAS. Claro... preocupao con la causa. ¡Y que es gorda! ¡De esas caen una cá veinte años!

MATEO. Cierto!

BLAS. ¡Se ha escribío mucho!

MATEO. Mucho.

BLAS. ¿Tóo eso que lleva osté en la mano?

MATEO. Sí.

BLAS. ¿Y no hay endicio de quién sea el... infame que se cargó tan mala faena.

MATEO. Ninguno.

BLAS. ¡Porque el que lo ha jecho es un infame! ¿Verdá?

MATEO. ¡Un infame! *(Maquinalmente).*

BLAS. Los hombres se matan cara á cara y no como á perros rabiosos. ¡Dios quiera que el asesino sea un forastero, porque sería una vergüenza pá el pueblo que bicho de tan mala ralea hubiese nació aquí. ¡Nosotros semos contrabandistas pero honraos! ¡Aquí no hay ladrones ni asesinos!

MATEO. No debía haberlos. *(Con amargura).*

BLAS. ¡Y que es osté pá ellos más duro que un roble y el que cae vá divertío!

MATEO. Aún no sabemos cómo fué la muerte. ¡Puo haber lucha!

BLAS. La hubiera yo oío, como oí el aldabonazo. Créalo osté, cuando el señor Juan llamaba descuidiao... entonces le dieron la puñalá.

MATEO. Puo llamar estando ya herío!

BLAS. Ni pensarlo y osté que es tan listo y se pinta sólo pá estas cosas lo sabe mejor que yo. Apuesto veinte contra uno á que cuando llegue el juez de Gaucín lo tié osté claro como el sol. *(Con sarcasmo).*

MATEO. Eso quiero. *(Preocupado).*

BLAS. Y antes de dos meses tenemos un ajorcao, pus si no hay jorca pá esos delitos, debían quitar el verdugo de Graná. *(Mateo procura cortar la conversación, notándose el mal efecto que le produce).*

MATEO. Tal vez tengas que ampliar tu declaración.

BLAS. Cuando sea preciso. ¡Cuando venga el juez de Gaucín diré algo más!

MATEO. Pero... pero... ¿tú que sabes?... ¿No has dicho que no vistes ná?

BLAS. ¡Hombre más calma y menos nervios!

MATEO. (No pueo contenerme).

BLAS. Ver... no ví naá ó ví un poco, pero saber... pueo saber mucho...

MATEO. Dime lo que sepas... soy el juez.

BLAS. Por muchos años... pero lo que es ahora no jablo... ni esto...

MATEO. (¡Jesús!)

BLAS. Y ni usté, ni veinte alguaciles, ni toa la guardia civil me harán decir una palabra... hasta que yo quiera... que ya querré.

MATEO. (Disimulo). ¿Y el señor cura?

BLAS. El probe está diciendo una misa por el asesinao. ¿Va osté á oirla?

MATEO. No, lo esperaré en la casa.

BLAS. ¡Ya! *(Mateo penetra en la casa del cura. Blas lo mira entrar y se aleja sonriendo).*

MATEO. Hasta la vista!

BLAS. Buena suerte, señor juez... Después de tóo... ¡Pobre señor Mateo!

ESCENA V

Aurora

AURORA. Veremos si logro ver á solas al señor cura. Es la hora de la misa y poco tardará en ir á la casa. Le contaré tóo... como si con él me confesase. Lo que me aconseje haré. Mas yo adivino aquí misterios que acaso el señor cura no sepa aclararme. Ya sale la gente de la misa... Procuraré que no me vean. *(Salen primero los lugareños de la iglesia y se alejan por distintos lados. Aurora se recata cerca de la casa del cura. Detras de los lugareños aparece el señor cura).*

ESCENA VI

El padre Eugenio y Aurora

AURORA. Aquí se acerca... Tengo mieo de llegarme... *(Vacila).* ¡Padre Eugenio!

EUGENIO. ¡Aurora! ¡Hija mía! ¿Me buscabas?

AURORA. Sí señor.

EUGENIO. ¿Tienes que hablarme?

AURORA. Mucho, casi una confesión.

EUGENIO. Nada más que casi... ¡Vamos, ya lo supongo, algo de noviajos y de oposiciones paternales! ¡Suelen con frecuencia escogerme por confidente de niñas enamoradas!

AURORA. Yo no...

EUGENIO. ¡Si eso no me ofende! Señal de que confian en mi reserva y sobre todo que se trata de un amor puro, intachable, de esos cariños que se santifican con mi bendición.

AURORA. Hay algo más grave...

EUGENIO. ¿Eh?... Esto ya no me gusta. Esas gravedades que denuncian niñas de quince años suelen ser casi siempre iguales y en verdad que son cosas muy graves... pecados muy odiosos... ya lo creo.

AURORA. Oigame osté.

EUGENIO. Te escucho.

AURORA. Yo tengo amores con Carlos... el hijo del juez municipal.

EUGENIO. ¿Amores puros?

AURORA. No hay ná en ellos que me avergüenze.

EUGENIO. ¿Conque Carlos.... ¡Ah! *(Como resolviendo una duda).*

AURORA. Anoche, como de costumbre, cuando mi madre se acostó, bajé á la reja y hablé con Carlos...

EUGENIO. Qué hora sería?

AURORA. Entre once y doce. Un rato depués me pareció como si andasen en la puerta de mi casa... Escuché y naíta oí por entonces...

EUGENIO. Sigue, hija mía.

AURORA. Pasarían diez minutos, cuando sentí un grito en la calle, una voz que más bien fué queja. Salí de la alcoba y me abalancé á la ventana... ¡ay padre!

EUGENIO. ¡No temas!

AURORA. Yo estaba con sobresalto. Mi Carlos había tenío una cuestión con Juan el de Jubrique y la verdá me sentía temerosa....

EUGENIO. Abriste la ventana ¿y qué notaste?

AURORA. A la luz del farol de la Virgen vi al señor Mateo, padre de Carlos... llevaba agarrado del brazo á un hombre, al cual acerco al farol... *(Se detiene con miedo).*

EUGENIO. Y aquel hombre.... *(Impaciente).*

AURORA. Aquel hombre.... *(Vacilante).*

EUGENIO. Era Carlos! *(Asegurando).*

AURORA. No... era Andrés!

EUGENIO. Andrés! ¡Dios mío! ¿Que misterio es este?

AURORA. Llevaba en la mano un cuchillo.

EUGENIO. ¿Estás cierta?

AURORA. No he de estarlo, si paecía que en aquel momento mis ojos cobraron toa la luz que me restaba ver en este mundo.

EUGENIO. Acaba!

AURORA. Oi que Andrés dijo: *¡Piedad!* y se arrodilló ante el señor Mateo.

EUGENIO. Y este...

AURORA. El juez con voz ronca, que paecía salirle del fondo del corazón exclamó: *¡Tú el asesino! ¡Huye... Huye!...*

EUGENIO. ¿Esas palabras?

AURORA. Fueron las que oí, las que sigo oyendo desde aquel ins-

tante. Las que están en mi cabeza, en mi corazón... las que me ahogan... las que me ahogan... *(Llora).*

EUGENIO. ¿Huyó Andrés?

AURORA. Si; y el señor Mateo, descolgó el farol de la Virgen, se fué al sitio donde se hallaba el cadáver de Juan y allí se arrodilló y allí estuvo hasta que el tío Blas abrió la puerta.

EUGENIO. Pero estás segura?

AURORA. De tóo. No soñaba, padre, no soñaba. Ni á mi madre he querío decirle lo que ví... tengo motivos pá dudar... hasta de ella.

EUGENIO. ¡Dudar de tu madre!

AURORA. ¡Sí!

EUGENIO. Al sacerdote nada se oculta.

AURORA. Nada que sea pecado del que confiese... pero aquí si pecado existe no es mío.

EUGENIO. ¡Todo esto es muy grave y muy extraño!

AURORA. Por eso vengo á decirlo al confesor, que tiene que guardar el secreto, al hombre sabio que pue aconsejame. ¡No olvide que Mateo es el padre de mi Carlos!

EUGENIO. ¡Horrible laberinto!

AURORA. ¿Cual es mi deber?

EUGENIO. Ah!.. El tuyo es decir la verdad á la justicia, no ocultar al criminal para que no sufra el inocente... ¡Pedirle á Dios que te ilumine... y me ilumine á mí, que bien lo necesito!

AURORA. Haré lo que oste me diga.

EUGENIO. Por lo pronto hasta qne el juez de Gaucín venga... callar.

AURORA. ¿Y después...?

EUGENIO. Contarlo todo.

AURORA. Pero ¿y si al padre de Carlos le trae perjuicio...?

EUGENIO. Más se perjudica tu conciencia callando.

AURORA. Es que temo... Andrés es hombre malo...

EUGENIO. Quien cumple su deber no teme.

AURORA. Está bien, señor cura.

EUGENIO. Retírate, hija mía. Pediré á Dios que me enseñe el mejor camino. Ya hablaremos... Véte á descansar.

AURORA. ¡Cuánto lo necesito! *(Váse Aurora).*

ESCENA VII

El padre Eugenio

EUGENIO. ¡Qué terrible duda! ¡Andrés el asesino! ¡Y el señor Mateo ocultando el crimen y favoreciendo al criminal! ¡No lo com-

prendo! ¡El tan recto! ¡El tan honrado! Luego Carlos es inocente.... Y todo el pueblo lo creía culpable... ¿Por qué negarlo?...¡yo también lo creí! ¡Justicia de Dios! ¡El padre al salvar al asesino ha echado el estigma sobre su hijo inocente ¿Qué debo hacer? ¡Dios mío,iluminadme! ¡Inspiradá este pobre viejo! *(Entra en su casa).*

ESCENA VIII

Carlos y Andrés

CARLOS. ¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué me sacas de mi casa y te empeñas en que te escuche?

ANDRES. Y si no lo jaces, no te extrañe que tu amigo de la infancia el probe Andrés se descerraje de un tiro.

CARLOS. No seas loco.

ANDRES. Oyeme.

CARLOS. Todo lo que quieras.

ANDRES. Ya sabes que anoche mataron un hombre, á la puerta del ventorrillo del tío Blas.

CARLOS. ¿Anoche..? Nada sabía. Al levantarme tropecé contigo que me aguardabas y con nadie he hablado antes.

ANDRES. ¿Ni con tu padre?

CARLOS. Ni con mi padre. ¿Y ese hombre que han matado...?

ANDRES. Era Juan el contrabandista de Jubrique.

CARLOS. ¡Juan! ¡El que me desafió! ¿Y quién le ha matado? ¿quién?

ANDRES. Eso es lo que importa que no se sepa.

CARLOS. ¿Pero tú lo sabes?

ANDRES. Yo lo sé.

CARLOS. Dílo... dílo.. ¿quién es el matador?

ANDRES. Yo... ¡Andrés! tu amigo!

CARLOS. ¡Tu...!

ANDRES. Perdóname... Juan me conoció en la Línea... valiéndose de que era un chiquillo me estafó unas mochilas de tabaco... reclamé y me agofeteó... Había mucha gente... muchos pillos como él y tuve que callarme y reventar de rabia...

CARLOS. Y ayer...

ANDRES. Lo ví en el pueblo... recordé la gofetá que pedía sangre y... mojé en sangre mi cuchillo. ¿Que hubiera tú jecho si te hubieran agofeteao?

CARLOS. En el primer momento... matar. Después... no sé... ¡Dios lo sabe!

ANDRES. También le hubieras matao.

CARLOS. Es verdá, frente á frente, como tu habrás hecho. ¿Pero que es lo que de mí quieres?

ANDRES. En primer lugar, me dés gusto ó no en lo que te pía, que me jures no delatarme nunca, pase lo que pase, sepas lo que sepas.

CARLOS. Eso....

ANDRES. Júramelo, Carlos. Acuérdate de aquellos días en que siempre estábamos reunío, en que si alguien te ofendía me daba yo por ofendío también, en que partíamos nuestras golosinas, en que juntos reíamos y juntos llorábamos. Júrame que no me delatarás.

CARLOS. Te lo juro...

ANDRES. ¿Por quién ó por qué?

CARLOS. Por la gloria de mi madre que me vé desde el cielo ¿Y ahora qué quieres?

ANDRES. Tú sabes mi vía. Una noche me colocaron en un cesto á la puerta del antiguo señor cura. Este me recogió, me quiso cuanto pudo, empezó á educarme pero murió el pobre cuando yo cumplía nueve años.

CARLOS. Y bien...!

ANDRES. Espera.... Viví entonces de la cariá del pueblo. Unos días comía y otros no... y gracias á tu padre, que se interesaba por mí no me morí de hambre.

CARLOS. Es cierto.

ANDRES. Me reuní con los contrabandistas y fuí con ellos. Olvidé lo güeno que había aprendío y aprendí lo malo que me enseñaron. Este soy yo.

CARLOS. No te entiendo

ANDRES. Naide me quiere naide me proteje. Lo que tu no jagas por mí no pueo esperarlo en el mundo de otra persona. Tú tienes que salvarme del presidio... mejor dicho salvarme la vía...

CARLOS. ¿La vida?

ANDRES. Sí, porque me mataría cien veces antes que convertirme en carne de presidio.

CARLOS. ¿Y qué puedo yo hacer para salvarte?

ANDRES. Es preciso que leas lo que se ha escrito. Si algo me conpromete, pedir á tu padre que me salve. El no te niega naá.

CARLOS. Eso me lo negaría. ¿Crees tú que un juez municipal tiene poder para tanto?

ANDRES. ¡Cuando se quiere, tó se jace. ¡Aquí él es el cuchillo y yo la carne!

CARLOS. Haré cuanto pueda... pero podré poco. ¿Hubo testigos?

ANDRES. Naide. Quien después me vió es testigo que hará lo que tu padre quiera.

CARLOS. ¿Lo que mi padre quiera?
ANDRES. Lo que tú padre quiera. Entiéndelo bien, que yo sé por lo que lo digo.
CARLOS. ¿Y el arma con que asesinaste?
ANDRES. Aquí está. *(Lo lleva á un rincón y se la enseña).*
CARLOS. ¡Qué imprudencia! ¡No vés que ese cuchillo en tu poder es bastante sentencia!
ANDRES. No he encontrao sitio seguro donde arrojarlo. ¡Estoy loco y no sé lo que jago!
CARLOS. El criminal es siempre torpe. Trae ese cuchillo. Yo lo arrojaré al pozo en mi casa. Allí no han de registrar.
ANDRES. Bien sabía yo que tú serías mi providencia. Eres mú güeno y mú noble. Gracias Carlos
CARLOS. ¿Vés como no todos te olvidan en el mundo? ¡Vuelve la vista á Dios y sé bueno!
ANDRES. ¡Es tarde!
CARLOS. Para ser bueno siempre es hora.
ANDRES. Viene gente. Vamos.
CARLOS. Vamos.

ESCENA IX

Mateo sale de la casa del señor cura y el sargento Polo del cuartel.

MATEO. Misterioso he encontrao al señor cura.
POLO. ¡Señor Juez!
MATEO. ¡Ah!... Sargento!
POLO. ¿Hay algun nuevo dato?
MATEO. Ninguno ¿y osté?
POLO. Nada y mucho.
MATEO. ¿Qué es ello?
POLO. No sé hacer las cosas á medias. Cuando el agresor se descubra lo presentaré.
MATEO. (¿Sabrá la verdad?) Aquí entre los dos, pá mí el asesino del señor Juan ha debío ser alguno de sus compañeros de partía.
POLO. Puede!
MATEO. Era un poco altanero y tenía más orgullo que don Rodrigo en la horca. ¿Verdá?
POLO. Eso dicen.
MATEO. No estaban contento con él... Ellos habrán dicho... si lo matamos en el campo, la cosa se averigua pronto... y se

sospecharía de sus compañeros... pues á esperar una ocasión.

POLO. Fácil es.

MATEO. Ya procurarán echar leña sobre algún infeliz pá cargarle el muerto...

POLO. Tal vez.

MATEO. Mas osté es zorro viejo y yo no me he caío del techo. Por tanto no han de dárnolas con indicios de pega.

POLO. (Ya te entiendo).

MATEO. (Este hombre no se franquea).

POLO. Tengo un hilo y como no se enrede la madeja pronto estará desliada.

MATEO. Iremos con prudencia.

POLO. Siempre la tuve y... descuide usted que ahora la tengo más.

MATEO. Confio mucho en que juntos llegaremos al fin.

POLO. Conque uno solo llegue basta y sobra.

MATEO. Cabal.

POLO. Antes de dos horas estará aquí el juez de Gaucín.

MATEO. Pero... como... ¿usted le ha dao el parte?

POLO. Y usted también se lo habrá dado, cumpliendo su deber. ¡Y poco exacto que es usted para esas cosas!

MATEO. Pues... mire sargento Polo, con tanto y tanto jaleo, se me olvidó lo principal. No he dado el parte... todavía.

POLO. Como lo he dado yo, no importa. Creerá el juez que obré de acuerdo con usted.

MATEO. Tiene muchísima razón.

POLO. Nosotros siempre estamos de acuerdo.

MATEO. (Esto se enreda). Voy en busca del secretario, para ampliar las declaraciones del tio Blas y la señá Antonia, la que vive al lao.

POLO. Hasta luego, señor juez.

MATEO. Sargento Polo, hasta después.

POLO. (Este no me engaña).

MATEO. (Este sospecha algo).

ESCENA X

El sargento Polo y á poco Carlos

POLO. Bien dice la gente. Voz del pueblo, voz del cielo. Carlos es sin duda el asesino. Su padre al quererme engañar ha logrado convencerme. Yo pensaba no cojer á ese bribón

hasta que el juez instructor viniera, pero viendo lo que pasa no es posible vacilar un minuto más. La ocación la pintan calva. El pájaro viene á la red. Me ahorra gran trabajo. *(A Carlos poniéndole la mano en el hombro)* ¿A dónde vá el estudiante arrepentido?

CARLOS. ¿Eh?... Hola, sargento Polo!

POLO. ¿Hay aventurilla?

CARLOS. No por cierto.

POLO. Entonces aceptará usted un vaso de café.

CARLOS. ¿Por qué no?

POLO. (¡Está sereno! Es mozo de agallas). *(Se sientan á la puerta del cuartel).* Rodríguez, tráenos un par de cafés. Vaya un cigarro! ¡No es mal tabaco! *(Rodríguez trae los cafés).*

CARLOS. ¿Es del estanco?

POLO. Yo no quiero de los contrabandistas ni el tabaco... ¡Y apropósito de contrabandistas, si viera usted cómo me está haciendo sudar el crimen de anoche.

CARLOS. ¿Y no se ha descubierto nada?

POLO. Todavía no, pero lo descubriré.

CARLOS. ¡Mi enhorabuena anticipada!

POLO. (No se inmuta!) Parece que Juan el de Jubrique tuvo algunos minutos de vida y habló lo bastante para denunciar á su agresor.

CARLOS. ¿Habló..?

POLO. (¡Ya caístes...) Eso se dice y estoy tras la pista de la persona con quien habló.

CARLOS. Entonces...

POLO. Entonces el asesino no podrá negar.

CARLOS. ¡Asesino!

POLO. ¿Cómo quiere usted que le llame?

CARLOS. Fué un homicidio... digo he oído decir que á Juan lo mataron, es decir lo debieron matar frente á frente.

POLO. (Lo creí más listo.) No sé como ustedes los abogados en puertas ó estudiantes de derecho, llamarán al que mata á traición, pero yo le llamo *asesino.*

CARLOS. ¡Fué asesinato!

POLO. ¿Se conoce que ha hablado usted poco del asunto.

CARLOS. Con... con nadie. No he hablado con nadie.

POLO. ¿Pues por quién lo sabía usted?

CARLOS. Yo... lo oí referir en un grupo de lugareños... pero no pregunté...

POLO. (Ahora veremos.) ¿Y lo peor no lo sabe usted? ¡Lo que todo el pueblo dice!

CARLOS. No sé.

POLO. Señalar al asesino... ó al homicida si usted quiere llamarlo así.

CARLOS. ¿Y á quién señalan?
POLO. Dicen que á Juan le quitó la vida...
CARLOS. ¿Algún forastero...?
POLO. Usted!
CARLOS. Yo...! *(Se levanta horrorizado.)*
POLO. Siéntese usted, no se asombre de ese modo y hablemos.
CARLOS. ¡Qué infame calumnia!
POLO. Eso ya se probará. Ahora responda usted á estas preguntas.
CARLOS. A cuantas quiera.
POLO. ¿Es cierto que tenía usted amores con Aurora?
CARLOS. Sí... la quería... la quiero con toda mi alma.
POLO. ¿Es cierto que anoche Juan el de Jubrique la requebró y enamoró delante de usted?
CARLOS. No he de negarlo.
POLO. Me va gustando esa franqueza.
CARLOS. ¿Pero á dónde vá usted á parar, sargento?
POLO. A descubrir la verdad. ¿Es cierto que usted insultó á Juan?
CARLOS. Juan me insultó á mí.
POLO. Es lo mismo. ¿Negará usted que hubo cuestión, que se provocó el desafío, que ninguno lo rehuyó?
CARLOS. No niego lo que muchos saben, pero aunque yo sólo lo supiera tampoco lo negaría.
POLO. ¿Volvió usted por aquellos sitios?
CARLOS. Volví...
POLO. ¡Y volvió usted para dar muerte á Juan! *(El sargento se levanta. Carlos hace lo mismo).*
CARLOS. Eso no, miente quien lo diga; miente quien lo piense.
POLO. Pues yo lo pienso y lo digo.
CARLOS. Pues usted, sargento, miente.
POLO. ¡Carlos! *(Amenazando).*
CARLOS. ¡Qué infame red se me ha tendido!
POLO. El criminal suele estar ciego...
CARLOS. ¿Pero usted cree...?
POLO. ¡Déjese de negativas que de nada han de servirle! Procure, si puede, atenuar el crimen, pero negarlo es inútil.
CARLOS. ¡Ah! *(Reprimiendose).*
POLO. ¿Dónde arrojó usted el cuchillo?
CARLOS. ¿El cuchillo? ¡Dios mío! *(Por un movimiento impremeditado se lleva la mano al pecho. El sargento lo nota y se abalanza hacia él. Forcejean un solo instante y enseguida se deja arrebatar el cuchillo que Andrés le entregó.)*
POLO. Alto allá.
CARLOS. Oh! *(Desesperado).*

POLO. Ya está aquí. ¡Esfuerzo inútil! ¿Y ahora seguirá negando?
CARLOS. Ese cuchillo no es mío, es... (¡Lo he jurado! Lo he jurado!)
POLO. Basta, es usted mi prisionero.
CARLOS. ¡Mi padre viene!
POLO. Rodríguez! Toma mi revólver y si este hombre intenta escaparse, tírale á la cabeza.
CARLOS. No huyo. Mi inocencia se probará.
POLO. Difícil es. Ya lo sabes, Rodríguez.
RODRIGUEZ. Descuide usted, mi sargento.

ESCENA XI

El señor Mateo, el tío Blas, Pepe, Valentín, serranas y serranos. El sargento, Carlos y Rodríguez.

BLAS. Se acabó la pacencia de los serranos. El asesino es su hijo Carlos y osté no pue ser juez y parte en esta causa.
PEPE. Qüie osté ser como Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como.
MATEO. Os juro que mi Carlos es inocente.
BLAS. ¡Claro! Osté que vá á decir!
VALENTIN. Y yo lo igo también y cuanto yo igo una cosa como si juera el creo
POLO. ¡Señor juez!...
MATEO. A tiempo llega...
POLO. A tiempo de hablar claro.
MATEO. ¿Como...?
POLO. La madeja se desenredó, el criminal está preso y las pruebas en mi poder.
MATEO. ¿Quién es... quién es?
POLO. ¡Vedlo allí... *(Señala á Carlos. Carlos intenta adelantarse.)*
CARLOS. No soy culpable.
MATEO. (¿Pero qué nueva infamia es esta?)
BLAS. Y ahora, señor Mateo, creerá osté que pue jacer justicia.
MATEO. ¿Y esas pruebas...?
POLO. ¡Ved..! ¡El arma con que se cometió el crimen!
MATEO. Carlos, Carlos, ¿cómo llegó este cuchillo á tu poder?
CARLOS. No puedo decirlo...
MATEO. ¿Ni á mí..?
CARLOS. Ni... á usted!
BLAS. Merecía que lo colgáramos de un arbol.
PEPE. ¡Bien pensao!

POLO. Eso no. Es de la justicia.

CARLOS. (¡Que hacer!)

BLAS. ¡Valiente hipócrita! ¡Echando jumos de valiente y luego jiriendo por la espalda!

MATEO. (¡Cómo salvarlo sin perder á Andrés!) *(Mateo se acerca á Carlos lo coje de una mano y lo lleva al proscenio).*

CARLOS. ¡Padre!

MATEO. Sé que eres inocente.

CARLOS. ¡Todo se acumula contra mí!

MATEO. No importa. Oigas lo que oigas calla y espera.

CARLOS. Una palabra me salvaría... ¡Conozco al asesino..!

MATEO. ¡Ah! ¡Por mí, por tí, por cuanto quieras en el mundo no digas hoy esas palabras!

CARLOS. No comprendo, padre, pero no tema usted.

MATEO. Señor sargento, tío Blas, oídme toos.

BLAS. ¿Qué irá á decir?

MATEO. ¿Es cierto que no lejos del cadáver se ha encontrao una capa?

BLAS. ¡Yo la recogí!

MATEO. Es la mía. *(Carlos se adelanta).* ¿Es cierto que, al abrir la puerta el tío Blas, vió que un hombre arrojó un farol al suelo y huyó?

BLAS. ¡Cabal!

MATEO. ¡Era yo!

CARLOS. ¿A dónde vá á parar? *(Con miedo.)*

MATEO. ¿Es cierto, sargento, que la Rosalía declaró haberme visto por aquellos sitios, tratando de ocultarme de ella?

POLO. Es verdad

MATEO. Pues bien, esta vara de juez, no pueo, no debo tenerla en mis manos. *(La rompe en dos pedazos y la tira).* El asesino de Juan el de Jubrique... soy yo.

CARLOS. ¡Padre, padre, eso no! *(Resuelto)*

MATEO. ¡Calla... ó me quitas la vía! *(Mateo y Carlos forman grupo. Los aldeanos se miran asombrados). Telón rápido.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el patio del cuartel de la Guardia Civil. A la derecha, dos puertas y sobre ellas dos letreros que digan: DORMITORIO, COMANDANTE DEL PUESTO. A la izquierda, otras dos puertas con los letreros: OFICINA, CALABOZO. A la puerta de la oficina habrá varias sillas.

ESCENA I

El tío Blas, Rodríguez, Pepe y Valentín.

BLAS. Son las cuatro y el juez de Gaucín no ha venío.

PEPE. Jace un rato pasó el tren de Algeciras. Yo lo ví desde el alambique de Bartolo y no dejó á naide en la estación.

BLAS. Vendrá á caballo como jizo cuando robaron el molino del tío Barragán.

PEPE. Malos caminos son estos pá señoritos que no saben manejar un caballo.

RODRIGUEZ. El juez es gran ginete. Fué el otro día desde Atajate á Gaucín y dejó atrás á sus compañeros. Se aferra al caballo bien y aprieta de lo lindo. ¡No se cae tan fácilmente!

BLAS. Se vé que está acostumbrao.

RODRIGUEZ. Paece que hoy se ha dao cita medio pueblo en el cuartel.

BLAS. Icen que las jembras son curiosas y los hombre los semos más. Aquí nos trae el olor.

RODRIGUEZ. Pues cuando venga el juez es posible que no dejen aquí á nadie.

PEPE. Es natural.

BLAS. Ganas tengo de que esto se aclare... aunque pá mi tóo está aclarao.

PEPE. Y pá mí.

VALENTIN. El señor Mateo no ha asesinado á Juan el de Jubrique.

BLAS. Ni es capaz de hacer daño á una mosca.

PEPE. En eso estamos conforme.

BLAS. Su hijo Carlos, ese alma condená, es el que lo ha jecho tóo.

PEPE. Esa es la pura.

BLAS. El probe padre ha querío salvar á su hijo á costa suya. ¡Claro! El se dirá pá lo que me quea que vivir lo mesmo me dá el pueblo que el presidio, y así logro salvar á ese tunante, que será tóo lo malo que se quiera, pero es mi sangre.

PEPE. Nunca me gustó á mí el tal Carlos. Cuando chico no era mú malo, pero lo llevaron á la ciudad, le jicieron ver mucho mundo y como tenía malas inclinaciones,tarde ó temprano enseñó las uñas.

RODRIGUEZ. Pues á mal perro buen palo.

PEPE. El padre tiene enfluencias. Un diputao provincial es algo pariente suyo y ya sabe osté que en Gaucín es el amo. En este pueblo se ha venío jaciendo lo que él pedía.

VALENTIN. ¡Porque nunca pidió ná malo! Pero no es lo mesmo salvar á un pillo que ha asesinao á otro. La justicia es la justicia y la sala es la sala y lo que igo yo como el creo.

BLAS. Ríete de eso. Cuando se jace el delito tóo es chillar, querer que ahorquen al echor y compaecer al muerto. Pasa un mes y naide se acuerda de uno ni de otro, más cuando llega la hora de ir la causa á la sala, aquí te quiero escopeta, salen los parientes del preso pidiendo favor como se pie una limosna,revuelven los pueblos llevan más cartas que un cartero, lloran las mujeres, á veces amenazan los hombres y no hay jurao que no aguante una y otra jaqueca hasta que le ponen blando como la cera y capaz de echar á la calle hasta al asesino de su propio padre.

RODRIGUEZ. Es verdad,tío Blas.Nosotros nos aperreamos por esas sierras, con sol y agua, para cojer á los malhechores. Llega el juicio oral. Si no han confesao dicen que no hay prueba y á la calle. Si confesaron... pues ya se sabe, la guardia civil que les pegó y por lo tanto á la calle también. ¡El resultado es el mismo! Mucho trabajo perdido y muchos criminales en libertad.

VALENTIN. No tanto, no tanto. Mira como el otro día el jurao condenó á presidio á el hijo de la Manca, el que robó el molino del tío Barragán.

BLAS. ¡Justo! ¿Y qué había jecho? Se llevó medio duro en calderilla y un par de sacos rotos. Pero el infeliz no tenía conocimientos, ni padres que plageasen á los jurao, ni hermanos que diesen votos al alcalde, y lo condenaron á diez años de chirona, mientras el día antes el mismo jurao echó á la calle á una mujer que aplastó la cabeza á su hijastra.

VALENTIN. ¡Toma! es que esto no lo vió naide.

BLAS. Pero toos sabían que pasó y la cabeza aplastá la vió tóo

el mundo. Y ahora refiriéndome á Carlos anticipo que ya buscará el jurao algún pretesto.

PEPE. Es que aquí la cosa es distinta. Otro hombre publica ser el asesino.

BLAS. ¡Pero no lo es!

PEPE. Y se encontró su capa en el sitio del crimen.

BLAS. Porque la llevaría su hijo anoche.

PEPE. Y lo vieron por allí cerca.

BLAS. Eso no prueba náa. En cambio á su hijo le hallaron el cuchillo.

PEPE. ¡Toma, toma!, es que el señor Mateo se lo dió á guardar y efectivamente ese cuchillo no es de Carlos. Yo conozco el suyo y es más chico y de otra jechura.

BLAS. ¿Vas tú á ser jurao? ¡Paece que te vás ya convenciendo!

PEPE. Yo creo lo que creo y si tuviera que sentenciar firmaría contra Carlos, pero no se me oculta la razón y entiendo que el caso es difícil y el que no sea del pueblo y oiga al señor Mateo dudará... ¡Vaya si dudará!

ESCENA II

Dichos y el padre Eugenio.

BLAS. ¡Padre Eugenio, ha dejao osté la siesta!

EUGENIO. No he podido dormirla.

BLAS. Verdá, que no es día de mucho descanso.

EUGENIO. ¿Y el sargento?

BLAS. Salió hace un rato.

EUGENIO. ¿Y el señor Mateo?

RODRIGUEZ. Allí en la oficina.

EUGENIO. ¿Pudiera hablarle?

RODRIGUEZ. Sin orden del sargento es imposible.

EUGENIO. No he dicho nada.

RODRIGUEZ. ¡Por mi!... pero barbas mayores...

EUGENIO. Tienes razón y voy á ver si encuentro al sargento.

BLAS. ¿No se sienta un poquito, señor cura?

EUGENIO. No puedo. Luego volveré por aquí.

PEPE. ¿Vámonos nosotros también?

BLAS. ¡Vamos! *(Todos se marchan. Rodriguez entra en la oficina).*

ESCENA III

Aurora.

AURORA. ¡Naide!... Yo necesito hablar con el señor Mateo...! Es preciso que me explique lo que pasa. Quiero contar lo que ví y no me atrevo. ¿Por qué el señor Mateo se jace culpable no siéndolo? Comprendo que trate de salvar á su hijo... pero es natural que delate al verdadero asesino á ese infame Andrés. El señor cura también me dijo que callase hasta que el juez de Gaucín viniera... ¡Y en tanto Carlos y su padre siguen preso... y sufriendo... apesar de ser inocentes!... Quiero ver al sargento... ¿pero si no he de hablar todavía para qué?... Al menos tendré noticias de Carlos... No sé cómo me sostengo en pie! *(Entra en la habitación que dice: Comandante del Puesto).*

ESCENA IV

El padre Eugenio y el sargento Polo.

EUGENIO. Nada más sé decirle... ni nada más debo añadir.

POLO. Padre Eugenio, con usted quiero yo franquearme! Como usted creo que Mateo no es el asesino de Juan el de Jubrique pero si que lo es Carlos.... ¿Si no lo fuera por qué echarse el padre la culpa?

EUGENIO. Eso es lo que no me explico, eso es lo que me martiriza.... Los misterios del mundo parecen sin solución á veces y luego son naturales y sencillos.

POLO. ¿Pero si Mateo no es el asesino, ni Carlos tampoco quién cree usted que lo sea?

EUGENIO. No puedo ahora contestar á esa pregunta. Acaso dentro de algunos minutos se resuelva la duda y entonces verán cómo las apariencias engañan.

POLO. Si, lo veremos. *(Desconfiando).*

EUGENIO. ¿Puedo hablar al señor Mateo?

POLO. No hay inconveniente. *(Entra el sargento y el padre Eugenio en la oficina).*

ESCENA V

Aurora y á poco el sargento.

AURORA. Su hermana me ha dicho que salió, pero que pronto estaría aquí... El es.
POLO. ¿Que trae por estos sitios á la serrana más serrana de este pueblo?
AURORA. Penas y cuidiaos.
POLO. ¿Y soy yo quién los causa?
AURORA. Por lo menos pue aliviarlos.
POLO. Si no me exije faltar á mi deber, pida usted.
AURORA. Primero, una pregunta. ¿Ha venío el juez de Gaucín?
POLO. ¡Pero qué gana tiene todo el mundo de que llegue ese caballero! Pues bien... no ha llegado.
AURORA. ¿Carlos está preso... aquí?
POLO. Lo está.
AURORA. ¿Pudiera hablarle?
POLO. Imposible, prenda. Ese mocito no habla con nadie.
AURORA. Un minuto.
POLO. Ni un segundo. Incomunicación completa.
AURORA. Ah... ¿Y su padre?
POLO. Con ese permito que se hable. No sé si hago bien ó mal, pero entiendo que con el señor Mateo no hay que guardar precauciones.
AURORA. ¿Y dónde está?
POLO. Hablando con el señor cura.
AURORA. ¿Con el padre Eugenio?... (Si le habrá dicho...)
POLO. Voy á terminar la conferencia. Espérate aquí! Rodríguez!
RODRIGUEZ. *(Saliendo).* ¡Mi sargento!
POLO. Ahora saldrá al patio el señor Mateo. Vigile usted.
RODRIGUEZ. ¡Corriente!

ESCENA VI

Aurora, Mateo y Rodríguez, que cojerá una silla y se sentará en la puerta.

AURORA. ¡Seré clara! ¡Es preciso serlo!
MATEO. ¿Quién me busca?

AURORA. Yo!

MATEO. Aurora!... ¿Qué me quies tú?

AURORA. Jablarle y jablarle mucho.

MATEO. ¡Por mí!...

AURORA. Sé tóo lo que ocurre y no me lo explico.

MATEO. Y pá que necesitas tu esplicártelo. ¿Qué te va ni te viene en ello?

AURORA. Más de lo que osté supone.

MATEO. ¡Si... eh? ¡Pues desembucha!

AURORA. Si, señor Mateo. Mañana, talvez hoy mismo, tenga que declarar en esta causa y estoy dispuesta á decir la verdá sin rodeos.

MATEO. ¿La verdá...? ¡Esa la he dicho yo, sin consultarte á tí!

AURORA. Osté á mentío...

MATEO. ¡Eh!

AURORA. Si, señor Mateo, ha mentío. Ni osté es el asesino de Juan el de Jubrique ni Carlos tampoco... ¡Ya vé osté cómo voy desembuchando!

MATEO. ¡Aurora!

AURORA. ¡El asesino es otro... es Andrés!

MATEO. ¡Calla! ¡Calla!

AURORA. Quien dice la verdá no calla. No sé qué fin se lleva osté en quererlo salvar, pero yo no me apresto á esa farsa...

MATEO. No, no, tú no declararás eso, porque no es cierto, porque Andrés no ha jecho náa.

AURORA. ¿Olvida osté que al cojer al asesino lo llevó bajo la luz de la Virgen que hay en la fachá de mi casa?

MATEO. ¡Ah!

AURORA. ¿No piensa osté que aquella luz iluminó al mataor, que aún tenía el cuchillo en la mano? ¡ La virgen jace milagros!

MATEO. Luego tú...

AURORA. Lo ví, como lo estoy viendo á osté. Con estos ojos que hubieran querío cegar antes que ver estas cosas.

MATEO. ¡Por Dios... no digas más! ¡Tú no sabes el misterio que esto guarda! ¡Tú eres la primera que debes quear múa en este negocio!

AURORA. No, no y mil veces no. Yo quiero á Carlos, á su hijo de osté, mejor dicho nos queremos los dos... Yo no pueo permitir que ni él, siendo inocente, ni su padre, que también lo es, pague por un pillo que no merece compasión.

MATEO. No temas. Ni Carlos ni yo saldremos condenao.... Era preciso confesarme autor del delito... pá salvar á Carlos, pá salvar á Andrés, pá que la justicia no indagase más, pero tengo amigos en Málaga y en Madrid y no temas que pron-

ta golveré libre... ¡Créeme, Aurora, y no hagas una niñá!

AURORA. Ni espero, ni debo esperar.

MATEO. ¡Ten piedá de mí!

AURORA. ¡Es imposible! ¡Hay compasiones que deshonran á quien las tiene!

MATEO. ¿No cedes, no te ablandas? Pues bien has de saberlo tóo y después... yo sé que no jablarás... ¡lo repito! no jablarás.

AURORA. Es inútil que me venga con historias. ¡Declararé y aunque no quiera lo he de salvar! ¡Quién lo jizo que lo pague!

MATEO. ¡Oh!... escucha... cerca... muy cerca, como si fuera á confesarme. Tú no delatarás á Andrés porque, Andrés es tu hermano.

AURORA. ¡Jesús! ¡Jesús!

MATEO. ¿Ves cómo una palabra, sólo una, era mordaza que ponía en tu boca?

AURORA. ¿Pero qué dice osté, señor Mateo? ¿No estoy soñando? ¡Andrés mi hermano!

MATEO. Si, tu madre y yo éramos novios siendo casi niños. Locuras de jóvenes, querer mal contenío, descuido de una vieja y ocasión no prepará tuvieron la culpa.

AURORA. ¡Madre mía!

MATEO. Tu madre se fué á vivir al campo y allí nació Andrés. Pudo ocultarse á tóo el mundo lo ocurrío y Andrés se crió en este pueblo...

AURORA. Quién pensara.... *(Reflexionando).*

MATEO. Su mesma desgracia nos hizo tomarle mayor cariño... ¡Probe Andrés! Tu madre fué obligá á casarse con otro hombre, con tu padre. No supo negarse, no se atrevió á decir lo pasao y se casó. Yo también rabiando de despecho y de pena la imité.

AURORA. Pero después...

MATEO. Viuda ella y viudo yo, hemos vuelto á acercarnos. Hemos pensao muchas veces casarnos y declarar que Andrés es nuestro hijo, tu hermano...

AURORA. ¡Hermano... de Cárlos!

MATEO. Pero ella ha tenio vergüenza de confesar su falta y yo... he sío débil... Mas el valor que tanto tiempo me ha faltao, Dios me lo dá pá salvar hoy á mi Andrés... Soy culpable de su abandono... Su desgracia lo ha jecho malo... asesino. Cargue yo con la culpa, pues la culpa es mía.

AURORA. Eso no, eso no.

MATEO. No hay otro medio.

AURORA. Dios hará que se no ocurra.

MATEO. Calla... mira... Andrés está allí... Me voy... no quiero verle.

ESCENA VII

Andrés ha llegado momentos antes y se pone á hablar con Rodríguez

ANDRES. ¡Señor Mateo...! ¡Espérese osté!
MATEO. ¡Ah!
ANDRES. Acaban de icirme que se ha confesao osté jechor de la muerte de anoche.....
MATEO. Yo.....
ANDRES. Hay cosas que paecen sueño y esta es una.... ¿Llora osté..?
MATEO. ¡Andrés!... *(Se abrazan).*
ANDRES. ¿Qué es esto? ¡Osté llora, me abraza... confiesa... lo que no ha jecho... Quiero hablarle á solas sin más testigo que Dios...
MATEO. No te empeñes... no te empeñes... ¡Adiós! ¡Adiós!
ANDRES. Señor Mateo! *(Queriendo detenerle. El señor Mateo se entra en la oficina. Poco después se va Rodríguez)*
MATEO. ¡Adiós! (No podía más).

ESCENA VIII

Aurora y Andrés

ANDRES. No, lo he de seguir... á donde quiera que se esconda... ¿Qué es esto?
AURORA. Deténte. Lo que él no te ha dicho te lo diré yo.
ANDRES. Tú sabes.
AURORA. Más de lo que te conviene saber.
ANDRES. ¡Cuidiao con lo que ices!
AURORA. ¡Cuidiao con lo que oigas!
ANDRES. Mal sitio es este pá secretear.
AURORA. Pá verdaes tóos los sitios son buenos. No temas.
ANDRES. No he temío á los hombres... ¿voy á temer á una mujer?
AURORA. Anoche ví cuanto pasó á la puerta de mi casa. Conocí al asesino...
ANDRES. ¡Aurora!
AURORA. No temas. No pueo delatarte.
ANDRES. Calla, que puen oirnos.
AURORA. Buen acuerdo tendré yo pá que no nos oigan. Me interesa
ANDRES. ¿A tí?
AURORA. A mí.

ANDRES. Entonces tú sabes también por qué el señor Mateo se confiesa autor de lo que no ha jecho.
AURORA. Lo sé, lo sé.
ANDRES. Dime cuanto sepas...
AURORA. El señor Mateo quiere á tóo trance salvar á su hijo.
ANDRES. ¡A Carlos...!
AURORA. No, á su hijo Andrés!
ANDRES. ¿Qué ices? ¿Qué ices Aurora...?
AURORA. ¡La verdá!
ANDRES. Es que hay verdaes que no lo paecen. ¿El señor Mateo...? ¡El mi padre! ¡No, si no pue ser!
AURORA. Pues es, óyelo bien. El señor Mateo es tu padre. Por tí sacrifica su honraez, su libertá... tóo...
ANDRES. Tarde ha sío... pero no ha sío poco.
AURORA. ¿Comprendes ahora cuanto jace?
ANDRES. Si, pero yo no pueo consentirlo. El tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero yo su hijo... porque soy su hijo... ¿verdá Aurora?... yo no pueo consentir su sacrificio....
AURORA. ¿Y qué harás?
ANDRES. No lo sé, me horroriza el presidio, la caena, vivir sin libertá y... ¡oh! Eso tampoco!
AURORA. Ten sereniá, por Dios.
ANDRES. Sé mi angel bueno, Aurora, dame un consejó... ciento... los que necesite. Es preciso que alguien me arranque este peso enorme que siento en mi corazón... ¡es preciso!
AURORA. ¿Y qué pueo yo aconsejarte?
ANDRES. Siento olas de sangre ardiendo, que me suben de aquí á aquí... *(Del corazón á la cabeza)* siento que la calentura se jace dueña de mi cuerpo... ¡Dios mío! ¡Dios mío!
AURORA. ¡Viene gente!
ANDRES. Separémonos de aquí *(Aurora se entra en la habitación del comandante del puesto. Andrés se va hacia la calle y al salir se encuentra con el juez).*

ESCENA IX

El Juez, el escribano y á poco el sargento.

JUEZ. ¿El comandante del puesto está...?
ANDRES. Sí... creo que sí... *(Váse).*
JUEZ. Descompuesto y huraño vá ese mozo.
ESCRIBANO. Puede que le haya puesto el sargento las orejas calientes

POLO. ¡Señor juez!

JUEZ. ¡Sargento Polo! Recibí el parte y apenas tuve el caballo listo me puse en camino. El crímen me parece grave.

POLO. Lo es. Un asesinato!

JUEZ. ¿Está preso el agresor?

POLO. Hay dos presos. Uno de ellos es el juez municipal.

JUEZ. ¿Mateo?

POLO. El otro su hijo.

JUEZ. ¡Ya!

POLO. El padre se confiesa reo y no lo es. El hijo lo niega y lo es.

JUEZ. ¿Hay pruebas recojidas?

POLO. Las suficientes.

JUEZ. El caso no es nuevo para mí. Esos sacrificios de los padres por los hijos son frecuentes.

POLO. Si gusta entrar en la oficina, verá el atestado que he escrito.

JUEZ. Vamos. *(Entran en la oficina).*

ESCENA X

Blas, Pepe el Trueno y varios serranos.

BLAS. Gracias á Dios que llegó el juez.

PEPE. Ese jará justicia.

BLAS. Es joven pero duro. Dicen que es muy leío.

PEPE. Y que no se deja engañar.

BLAS. Cuentan que en un pueblo donde estuvo antes, descubrió un crimen que jacía siete años pasó y naide había averiguao una palabra.

PEPE. Viene con él don Anselmo el escribano.

BLAS. Ese sí que es largo. ¡Sabe más que Merlín!

PEPE. Como se empeñe en empapelar bien á uno, ya está aviao.

BLAS. Ni la cariá lo salva.

PEPE. Pero en cambio es güeno con los probes y se compaece de los que no tienen enfluencias.

BLAS. Y no es de los que quien sacar dinero de las piedras.

PEPE. No hay un contrabandista que lo quiera mal... ¡Como puea favorecerle lo jace!

BLAS. Así, cuando alguno se lo encuentra en el campo lo saluda con cariño y le paece al verlo que ha visto á su padre. *(Rodríguez atraviesa la escena).*

PEPE. ¿Qué hay, Rodríguez?

BLAS. ¿Van á declarar? *(Rodríguez entra en el calabozo).*

PEPE. Cuando osté no quié decir una palabra ni su madre se la saca del cuerpo. *(Sale Rodríguez con Carlos. Los serranos se apartan y murmuran entre sí).*

PEPE. Mira... es Carlos!

CARLOS. ¡Tío Blas! *(Quiere acercarse).*

BLAS. Quita allá... que manchas.

CARLOS. ¡Todos me creen culpable! *(Rodríguez y Carlos entran en la oficina).*

BLAS. Ya veréis como al fin confiesa.

PEPE. Como al sargento le den la comisión de que le jaga hablar á Carlos, este jablará más que un papagayo?

BLAS. No jables tú alto, sino quieres que nos pongan en lo del rey.

PEPE. ¿A mí?... ¡cá! Yo tengo que declarar.

BLAS. Y yo... y estos.

PEPE. Y después de tóo, ninguno sabemos ná fijo.

BLAS. Pero tenemos la seguriá de que Carlos fué.

PEPE. Así lo diré yo.

BLAS. Pues yo no he de callar.

ESCENA XI

Dichos, el juez, el sargento, Mateo y Carlos. Estos dos quedan juntos y vigilados por Rodríguez. El escribano sale arreglando sus papeles.

JUEZ. Señor Mateo, se empeña usted en afirmar lo que no puede creerse... En cambio este mozo... se encierra en negar lo que ese atestado prueba.

CARLOS. Sea lo que usted quiera, señor juez, yo le aseguro que se equivoca. Mi padre es inocente, pero yo lo soy también. Todo se vuelve contra mí... pero no importa. Sé quien es el asesino.

JUEZ. ¿Lo sabe y no lo dice. *(Desconfiando)*

CARLOS. Juré no decirlo y dejaré primero que me ahorquen.

JUEZ. ¿Y dejará usted también que condenen á su padre?

CARLOS. ¡Oh... lo que es eso!

JUEZ. Pues hable usted!

MATEO. *(A Carlos).* ¡No hables...!

CARLOS. Si me convenzo de que creen lo que usted dice... hablaré. Primero usted... que nadie... ¡Seré perjuro pero no mal hijo!

JUEZ. ¿Qué es eso?... Sargento que los presos queden separa-

dos. *(Los separan)*, (Don Anselmo: el caso es dificil) *(Al escribano)*.

ESCRIBANO. Y tan dificil. Yo no creo ni á al padre ni al hijo...ni al Espíritu Santo de este asunto.

JUEZ. ¿Cree usted que hay gato encerrado?

ESCRIBANO. Gato... en libertad... y amaestrado.

JUEZ. Pues yo opino como el sargento. A ver, Polo, supuesto que el muerto está sin enterrar haremos la diligencia de que sea reconocido por los presos.

MATEO. (Ah!)

CARLOS. Vamos allá. *(Con energía.)*

JUEZ. No tanta prisa. A este joven llevadlo con precauciones y atarlo codo con codo. El padre es distinto... como usted crea mejor sargento.

POLO. Irá suelto, á mi lado...

MATEO. (De ná sirve mi dicho.)

ESCENA XII

Dichos y Aurora, que penetra precipitadamente.

AURORA. ¡Sargento, sargento!

POLO. ¿Quién...?

AURORA. A usted lo busco.

POLO. ¿A mí...? ¿Qué pasa?

AURORA. ¡Corra usted á evitar una desgracia!

JUEZ. ¿Una desgracia?

AURORA. Sí... señor juez!

POLO. ¡Habla!

AURORA. Andrés, ya sabe usted quién es, se ha separao de mí jurando que iba á quitarse la vida.

MATEO. ¿Qué ices...?

AURORA. Lo que es cierto... Ni mi madre ni yo hemos podío detenerle. Corría desaforao y se perdió de vista.

POLO. ¿Hacia dónde marchó...?

AURORA. Hacia estos sitios... repitiendo que la primera noticia que tendríamos sería la de su muerte.

MATEO. Sargento, corra usted!

POLO. ¿Me permite, señor juez...?

JUEZ. Oh, sí.

AURORA. Tal vez sea tarde. Ví en sus ojos y saqué de sus palabras que estaba desesperao y dispuesto á tóo... ¡Fué á darme su despedía! ¡Acaso sea ya cadáver el probe Andrés!

ESCENA XIII

Dichos y Valentín

VALENTIN. ¿Cadáver de Andrés? ¡Quiá!
JUEZ. Eh!
VALENTIN. *(Saludando)* ¡Señor juez!
MATEO. ¿Lo has visto...?
VALENTIN. Como lo veo á osté.
AURORA. ¿Dónde?
VALENTIN. Allá arriba, junto á la fuente de la plaza de la iglesia.
AURORA. ¿A él?
VALENTIN. A él... Me llamó y me ijo: Valentín, ¿tú podrás hablar con el señor Mateo? Le respondí—claro que jablaré—y entonces cogiéndome la mano me ijo:—Toma, dále esta carta.
MATEO. Venga, venga!
JUEZ. No, esta carta pertenece á la justicia. *(Tomándola).*
MATEO. ¡Dios mío!
AURORA. Ah! *(Con desaliento).*
CARLOS. ¿Qué es esto?
JUEZ. Interesa ver pronto lo que ha escrito ese hombre. *(Leyendo)* «Padre, padre mío...»
POLO. ¿Usted su padre?
MATEO. Sí... ¡su padre!
BLAS. ¡Acabáramos! ¡Vaya unos tapaos que se guardaba el señor Mateo!
JUEZ. *(Leyendo).* Su sacrificio por mí ha sío inútil... ni osté ni Carlos merecen la pena que debe sufrir el asesino del señor Juan. Este me había agofeteao y yo lo maté. Así lo pruebo al señor Juez en una carta que encontrará sobre mi cadáver.

ESCENA XIV

Durante la última parte de la anterior escena el padre Eugenio aparece en la puerta de la oficina y oye la lectura de la carta.

AURORA. ¡Padre Eugenio!
EUGENIO. ¡Hija mía!... *(Al juez).* Si, es verdad, Andrés fué el asesino...

MATEO. ¡Pero esa carta...! no: el c

JUEZ. «Perdonadmetóos..*(Leyendo. L* *omento se oye una detonación junto á la puerta. L* l padr *Eugenio, Aurora y Mateo se dirigen á ella).*

POLO. ¿Quién...? *(El Padre Eugenio mi* ado? *ia fuera y deteniendo á Aurora y Mateo esclama:)* lo.

EUGENIO. ¡Es tarde! Rogad á Dios por el a A v o de Juan el de Jubrique! em

FIN DEL ACTO TERCERO